

Tengo una vieja relación de amistad con Javier Marías. Data de hace diecisiete años, siendo vecinos de página en *XL Semanal*, cuando empezamos a hacernos mutuas alusiones humorísticas que eran seguidas con regocijo¹ por los lectores, y que se convirtieron en habituales después de un texto mío titulado *Odio a Javier Marías*, motivado por mi indignación cuando uno de mis artículos apareció junto a una página de publicidad que mostraba a un apuesto² moro con turbante, mientras que el suyo salía junto a uno de sujetadores de señora, encarnado en un abundante y atractivo escote³. Él respondió con otro artículo titulado *No aguanto⁴ a Pérez-Reverte*, y a partir de entonces aquella guasa⁵ nos fue acercando cada vez más, y los que antes eran simples lectores uno del otro se convirtieron en amigos. Después, Javier pasó a escribir sus artículos semanales en el dominical de *El País*, y allí sigue. Pero la amistad, cuajada⁶ en largas charlas sobre películas y libros que amamos, desde John Ford a Joseph Conrad –con incursiones laterales en Senta Berger, Grace Kelly y Ava Gardner–, fue en aumento. Coincidimos después en la Real Academia Española, donde nos sentamos juntos los jueves; y de vez en cuando, al salir, nos vamos a cenar a casa Lucio, en la mesa de siempre. Casi nunca hablamos de literatura; y, desde luego, nunca de literatura actual. A veces dejamos asomarse al otro a la novela que escribe cada cual, aunque para eso él es mucho más hermético que yo. Lo que a menudo sale a relucir son esos libros que ambos leemos y releemos desde que éramos niños, que son realmente el territorio donde, tan distintos como somos, Javier y yo nos reconocemos.

¹ (alegría) pret

² (~~guapo~~) ~~knappe gast~~

³ décolleté

⁴ (soportar) verdragen

⁵ (burla) scherts

⁶ (lleno de) vol met

Quizá por eso dije alguna vez que nuestra diferencia y afinidad provienen de lo mismo: vimos de pequeños las mismas películas, leímos los mismos tebeos⁷ y los mismos libros, pero él quiso escribirlos, y yo vivirlos.

Y es ahora cuando nos encontramos de nuevo, cada uno con la mochila bien llena, de vuelta de la isla de sus propios piratas.

El jueves pasado hablamos de la Italia que nos gusta, de Christopher Lee y Billy Wilder, del amor y el trabajo en la madurez, de lo sereno y feliz que lo veo en los últimos tiempos, de la indigencia⁸ cultural del presidente Rajoy, de *Un escándalo en Bohemia* e Irene Adler –la mujer que derrotó a Sherlock Holmes– y de las encarnaduras cinematográficas del detective de Baker Street, del que somos antiguos y cálidos seguidores.

«Holmes es el personaje literario que me habría gustado ser», concluyó Javier, brillantes sus ojos al decirlo.

Y le conozco ese brillo.

También hablamos sobre la pistola ametralladora británica Sten.

Esto último requiere explicaciones complejas, basadas en películas vistas de jovencitos, en libros de guerra y aventuras, en la familiaridad de Javier con lo británico y en su asombroso desconocimiento de las armas y su uso, pues él es un tipo cortés y civilizado, que un día tendrá el Nobel de literatura, y cuya agenda está llena de ex novias y profesores de Oxford –ésa es mi tomadura⁹ de pelo habitual–, a diferencia de la mía, donde entre traficantes, mercenarios, proxenetas y criminales figura lo mejor de cada casa.

Pero al niño y lector de aventuras que fue Javier se le ve el plumero¹⁰, entre otras cosas en la magnífica colección de soldaditos de plomo que tiene en su estudio. Así que hace tiempo decidí equipar más a fondo esa zona de su vida, regalándole

⁷ strips

⁸ gebrek

⁹ grapje

¹⁰ se le ve el plumero (hij had het door)

primero una bayoneta de Kalashnikov, luego el cuchillo de comando del SAS británico, y después el Bowie de los marines en la guerra del Pacífico.

Los recibió formal y flemáticamente escandalizado, pero la satisfacción se traslucía en sus ojos y sonrisa.

Así que pasé a mayores, regalándole el Colt Pacemaker que usaba John Wayne, luego el revólver Webley de las tropas coloniales británicas, y al cabo la pistola alemana Luger, que motivó una memorable escena en los pasillos de la Real Academia, con Javier montándola y desmontándola, clic, clac, y varios respetables académicos alrededor, mirando acojonados¹¹.

Lo último ha sido la Sten inglesa: el arma de los comandos, los paracaidistas y los maquis, con la que me presenté en su casa, llevándola bajo la gabardina.

«Estás loco», me dijo riendo.

Pero ayer, mientras despachaba¹² su filete empanado¹³, comentó: «He comprobado que para un zurdo¹⁴ la Sten no es difícil de manejar».

Lo imaginé en su despacho, después de irme yo, rodeado de primeras ediciones de Sterne y Conrad, corriendo¹⁵ el cerrojo¹⁶ de la metralleta que de pequeño había visto en el cine.

Recordando al niño que fue y que en el fondo, por suerte para él y sus lectores, y sobre todo para sus amigos, nunca dejó de ser del todo.

Y entonces fui yo quien sonrió, enternecido¹⁷.

¹¹ (impresionados) overdonderd

¹² soldaat maakte

¹³ (rebozado) gepaneerd

¹⁴ linkshandige

¹⁵ (moviendo) verschuivend

¹⁶ (cerradura) grendel

¹⁷ vertederd